

DESARROLLO ECONOMICO POR ETAPAS

TEORIA DEL CRECIMIENTO DE LAS NACIONES

W. W. ROSTOW



Desde los famosos tratados de John Maynard Keynes, ninguna teoría ha conmovido y provocado tan vehementemente controversia como el concepto de las "Etapas de Desarrollo" enunciado por Walt Whitman Rostow. Desde que este profesor del Instituto de Tecnología de Massachusetts, EE UU, expuso su teoría en una serie de conferencias dadas en la Universidad de Cambridge, Inglaterra, los economistas la han aplaudido o atacado, los políticos han adoptado su terminología y buena parte del público se pregunta cuál es, exactamente, su significado.

La síntesis más concisa de la teoría de las Etapas de Desarrollo fue formulada por el propio Rostow en un discurso que pronunció en Moscú. El artículo que comienza en la página siguiente es una adaptación de dicho discurso.

Una de las primeras reacciones adversas a la teoría provino de Yuri Zhukov, jefe del Comité Estatal de Relaciones Culturales con Países Extranjeros de la Unión Soviética. El ataque, publicado en Pravda y difundido por Radio Moscú, demostró que Zhukov no entendió la tesis. En la parte más acerba de su crítica éste censuraba que Rostow excluyera el concepto de la lucha de clases y las formaciones sociales, imputación que Rostow contestó señalando que no era así. Desde otro sector, Peter Wiles, de la Universidad de Oxford, criticó también a Rostow en la revista Encounter, puntualizando: "Ni las clases ni las ideologías lo preocupan. No analiza la naturaleza precisa del obstáculo que la sociedad tradicional opone al desarrollo, ni de la clase de persona —tan diferente en cada caso— que supera esos obstáculos". Una objeción similar acerca de la escasa importancia que la teoría asigna al individuo y a su iniciativa, provino de otra dirección, en el más lúcido de los ataques contra la tesis de Rostow. Fue la falta anotada por el profesor David McCord Wright, de la Universidad McGill del Canadá.

Entre tanto, en Rusia se han observado indicios de que Rostow está en lo cierto, por lo menos en el pronóstico de que los Soviets encaran una decisión vital: la sociedad rusa en proceso de madurez debe ser orientada hacia la quinta etapa, o sea la de gran consumo de las masas (como en los EE.UU. y parte de la Europa Occidental) o hacia el estado paternalista. Más de una vez Khrushchev ha advertido que el fervor ideológico de Rusia no debe enfriarse en la laxitud resultante de la prosperidad del país. En Rusia, en la Europa Occidental y en Norteamérica, así como en Asia y Africa, la teoría del profesor Rostow ha promovido la más vehemente controversia de estos tiempos sobre temas económicos.

En el curso de los últimos 20 años he llegado a la conclusión de que es posible generalizar el proceso de desarrollo de la historia económica moderna en forma de una serie de etapas de crecimiento. Es ésta la alternativa que ofrezco al sistema de análisis histórico de Karl Marx. La teoría de las etapas de desarrollo arroja luz, según pienso, sobre el problema de crear un sistema de orden mundial en el que naciones de cultura y textura ideológica diferentes pueden vivir en relativa armonía.

Considero que todas las sociedades, pasadas y presentes, han estado o están, según su desarrollo, en una de las siguientes etapas: 1) primitiva o tradicional, 2) preliminar o de transición, 3) de aceleración, 4) de activa consolidación y 5) de gran consumo.

Estas cinco etapas están basadas en una teoría dinámica de la producción, de la cual emerge una proposición clave: en todo período, el impulso de una economía es mantenido por el alto índice de crecimiento en unos pocos pero primordiales sectores y ramos de la producción. En ciertos períodos el ramo clave fue el de los tejidos de algodón; en otros cumplieron esa función los ferrocarriles, los productos químicos, la electricidad y el automóvil. Específicamente, su desarrollo tiene dos efectos: primero, crea una demanda directa de nuevos productos; segundo, conduce indirectamente a nuevos desarrollos. Por ejemplo, cuando Suecia, que carece de carbón, se lanzó a electrificar sus ferrocarriles, estableció las bases para una industria eléctrica de primera clase.

Cada etapa de desarrollo está asociada con ciertas categorías de renta y ciertos tipos de demanda. Pero debemos ir más allá del simple análisis técnico económico. Porque en cada etapa de desarrollo las sociedades humanas han tenido que encarar alternativas básicas de política y evaluación que trascienden el análisis económico.

¿Cómo debe reaccionar la sociedad tradicional ante la intrusión de una potencia más adelantada? ¿Con cohesión, prontitud y vigor como los japoneses en el tercer cuarto del siglo XIX; haciendo de la apatía una virtud como los irlandeses oprimidos del siglo XVIII, o modificando a su pesar la sociedad tradicional, como los chinos después de las Guerras del Opio? Cuando se consolida una nacionalidad moderna, ¿cómo, y en qué proporción, deberían emplearse las energías nacionales? ¿En acciones externas de agresión, en rectificar antiguos males, explotar posibilidades recientemente creadas o descubiertas en el desarrollo del poderío nacional; en completar la victoria del nuevo gobierno nacional sobre viejos intereses regionales o en modernizar la economía nacional?

Una vez que el desarrollo está en marcha, y en la etapa de aceleración, ¿hasta qué punto la necesidad de elevar el índice de crecimiento debería ser restringido para fomentar el consumo y aumentar el bienestar social?

Cuando se ha alcanzado la madurez tecnológica, y la nación dispone de una maquinaria industrial moderna, ¿a qué fines se la debería destinar y en qué proporciones para aumentar las oportunidades sociales y humanas, incluso el ocio; para expandir la producción de bienes de consumo duraderos y los servicios; para dar más estatura y poderío a la nación?

Las etapas del desarrollo no son, pues, un conjunto de fases rígidas, ineludibles y predeterminadas de la historia. El proceso de desarrollo plantea al individuo y a la sociedad ciertos problemas y les muestra posibilidades entre las cuales es preciso elegir. Y la historia puede considerarse como la consecuencia de decisiones adoptadas por distintas sociedades en diferentes etapas de desarrollo. Porque si yo creyera que la historia sigue un curso inflexible, no podría dictar una conferencia y despertar el interés de un atento auditorio en Moscú.

Defino la sociedad tradicional como aquella que no ha hecho de la invención y de la innovación tecnológica un acontecer regular. No es estática, pero su desarrollo está delimitado por un tope de productividad de acuerdo con el cual el 75% de la población debe dedicarse a la agricultura; sus ingresos en exceso del límite mínimo de consumo serán probablemente derrochados por los que controlan la renta de la tierra, y sus valores sociales fatalmente dirigidos hacia horizontes un tanto limitados.

FIN DE LAS SOCIEDADES PRIMITIVAS

Históricamente, las sociedades primitivas o tradicionales de Europa Occidental se prepararon para lo que yo llamo las condiciones preliminares de la etapa de aceleración, debido a la expansión del comercio desde más o menos el siglo XVI. El incremento del comercio influyó en el desarrollo de la ciencia, la invención y la innovación, para producir una serie de adelantos en los campos del transporte, la industria y la agricultura, así como en el aumento de la población. En el siglo XVIII, la Gran Bretaña, Francia y Holanda estaban —como caballos de carreras— aproximándose a la línea de partida. Gran Bretaña fue la primera en pasar de la etapa de transición a la de aceleración.

Una vez iniciada, la etapa de aceleración —o revolución industrial— en Inglaterra, alrededor de 1783, se desató lo que podría llamarse una corriente de imitación, todavía fuerte en el mundo actual, que llevará la industrialización a casi todo el planeta. La etapa de aceleración puede muy bien comenzar en el último de los países subdesarrollados antes de cumplirse dos siglos desde que los británicos señalaron el camino.

Técnicamente, hay tres sectores principales en el período de transición, cuya transformación es condición indispensable para el desarrollo industrial constante. Primero, la agricultura: se requiere una revolución en la productividad agrícola para alimentar a la creciente población del período de transición, y para mantener a las ciudades que probablemente crecerán también en proporción superior al promedio. Segundo, las exportaciones: en sus etapas iniciales la industrialización tenderá a aumentar las importaciones, a lo que sólo se puede hacer frente aplicando técnicas modernas a la explotación de algún recurso natural. Tercero, el capital para la infraes-

tructura económico-social: la transformación técnica de una sociedad tradicional hasta el punto en que el desarrollo se hace casi automático, requiere grandes desembolsos para el transporte, la educación y la explotación de fuentes de energía.

El desarrollo de estos sectores requiere profundos cambios sociales, psicológicos, políticos y de actitud, desde los campesinos hasta los funcionarios oficiales y los políticos. Muchos de los análisis ya realizados —tanto marxistas como no marxistas— han hecho resaltar el papel de la nueva clase media comercial e industrial, en esa metamorfosis. Pero el papel de la clase media y del incentivo de lucro explican sólo en parte ese fenómeno: otro factor fue la demostración repetida de que las sociedades más adelantadas pueden imponer su voluntad a las menos desarrolladas. Esa demostración del costo del atraso —en valores humanos y nacionales— va acelerando la etapa de transición en muchos países. Un nacionalismo dinámico ha sido factor importante para que los dirigentes de las naciones tomaran las medidas que hicieran del progreso una condición normal. Tal fue lo que ocurrió en los períodos de transición de Alemania, el Japón y Rusia en el siglo XIX y antes desempeñó un papel decisivo en la formación de los Estados Unidos.

Y es evidente que en el mundo contemporáneo, el móvil más poderoso para la transformación de las regiones subdesarrolladas no es el incentivo de lucro de la clase media, sino el deseo general de dar mayor categoría y dignidad al individuo y a la nación.

El nacionalismo puede ser orientado hacia empresas en el exterior o encaminado hacia la modernización de la sociedad del país. Es, por consiguiente, una de las condiciones imprescindibles para la etapa de aceleración, que los gobiernos que llegan al poder en países que se hallan en el período de transición, estén preparados para canalizar gran proporción de la energía, el talento y los recursos del pueblo hacia las tareas del fomento económico, con preferencia sobre otros objetivos. Porque los aspectos principales del período preliminar o de transición —revolución en la productividad agrícola, "producción" creciente de divisas extranjeras y formación del capital para la infraestructura económico-social— requieren un considerable grado de dirección y planeamiento gubernamental, lo que no debe confundirse con la propiedad y el planeamiento total en manos del Estado, condiciones que no considero necesarias en el período de transición. Y así llega en la vida de una sociedad la hora en que, cumplidos los procesos técnicos, económicos y no económicos de la etapa de transición, comienza finalmente la de aceleración. Algunas veces el fenómeno ha sido determinado por un acontecimiento político como la Restauración Meiji, en el Japón, o los planes quinquenales de China e India en la década pasada. Otros, por un acontecimiento de orden técnico, como la construcción de los ferrocarriles en los Estados Unidos en las décadas de 1840 y 1850, y en Canadá y Rusia en los de 1880 y 1890. Esencialmente, la aceleración consiste en alcanzar un rápido progreso en un conjunto determinado de ramos industriales importantes: los productos textiles en la Gran Bretaña; los ferrocarriles en los Estados Unidos, Francia, Alemania, Canadá y Rusia; la industria maderera moderna y los ferrocarriles en Suecia. La etapa de aceleración se diferencia de otras "explosiones" industriales en el he-

cho de que el desarrollo llega a costearse a sí mismo. Aumentan las inversiones y se mantienen por encima del 10% neto, suficiente para superar las necesidades resultantes del incremento de la población y para hacer permanente el aumento de la producción per cápita.

A la etapa de la aceleración sigue la de activa consolidación, período en el que la sociedad aplica en forma efectiva toda la tecnología moderna de la época a la explotación de sus recursos. Durante esta etapa nuevos ramos adquieren importancia como para substituir a los esenciales de la etapa de aceleración. Después de la expansión de los ferrocarriles en el siglo XIX —con el carbón, el hierro y la ingeniería pesada como eje del proceso de desarrollo— el acero, los nuevos barcos, los productos químicos, la electricidad y la maquinaria-herramienta dominan la economía y sostienen la tasa de desarrollo.

Señalo las siguientes fechas aproximadas y simbólicas del arribo de varias sociedades a la madurez tecnológica: Gran Bretaña, 1950; Estados Unidos, 1900; Alemania y Francia, 1910; Suecia, 1930; Japón, 1940; Rusia y Canadá, 1950. Estas fechas distan más o menos 60 años del comienzo de la etapa de aceleración, intervalo que considero apenas aproximado y provisional, a la espera de un estudio más profundo.

HACIA LA MADUREZ TECNOLÓGICA

Conforme las sociedades van hacia la madurez tecnológica, la masa obrera no sólo se aglomera en las ciudades, sino que aumentan los trabajadores semiespecializados y los empleados; los ingresos reales y los niveles de consumo se elevan; administradores profesionales reemplazan a los aventurados empresarios que iniciaron esta etapa. Pero también se produce un cambio más profundo. La gente reacciona contra la ruda labor que exige la etapa de consolidación; empieza a tomar como cosa natural el progreso y el desarrollo de la tecnología y deja de considerarlo un objetivo individual y social satisfactorio; y se pregunta cómo puede usarse la maquinaria industrial, perfeccionada y dotada de capacidad intrínseca de multiplicar sus ganancias como en el interés compuesto. Tres rumbos se abren ante una nación de tecnología avanzada: la seguridad social y el ocio; la expansión de su poderío en el escenario mundial; o el gran consumo con la difusión del automóvil, la vivienda cómoda y los utensilios eléctricos que hacen la vida más fácil e interesante.

La historia de los Estados Unidos en el siglo XX refleja, en diferentes épocas, características de cada una de dichas posibilidades. Alemania, al alcanzar la etapa de consolidación cayó dos veces en la tentación de expandir su poderío mundial; y cuando el Japón alcanzó su plenitud tecnológica en la década de 1930, hizo lo mismo. La Europa Occidental está realizando igual experimento que los Estados Unidos en la década de 1920, cuando una de las posibilidades era el gran consumo. Y en el Japón, en proporción menor, también ocurre algo semejante. Esta nueva fase de desarrollo ha dado a las economías de los países un impulso mayor que el previsto por los cálculos más optimistas inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial.

En cuanto a la Unión Soviética, en la década de 1920

reorganizó la sociedad que luego de la etapa de aceleración, entre 1890 y 1914, había sido quebrantada por las terribles fuerzas desatadas por la Primera Guerra Mundial. Comenzó luego, en 1929, el avance hacia la consolidación, que se reanudó con gran energía una vez reparados los daños causados por la Segunda Guerra Mundial. Este proceso coloca a la Unión Soviética frente a los tres caminos que puede tomar toda sociedad tecnológicamente madura. O sea, debe decidir en qué proporción empleará sus recursos para el ocio, para el gran consumo o el incremento del poderío nacional.

Mientras en la región noroccidental del mundo las etapas de desarrollo han estado transcurriendo desde el final de la Segunda Guerra Mundial con relativo orden y celeridad, otras zonas son teatro de un gran drama histórico: grandes sociedades, que comprenden la mayoría de la población del mundo, aceleran su marcha hacia la etapa de aceleración, o la inician. México, Argentina, Brasil, Venezuela y especialmente China e India están en esa situación. Estas sociedades deberán soportar muchas vicisitudes, pero creo que han echado las bases para un desarrollo continuado. Nadie sabe, por ejemplo, la forma política que adoptarán China e India; pero, en general, mantendrán tasas de inversión que substancialmente superarán las del crecimiento de la población. En otras partes hay sociedades que atraviesan las últimas fases del período de transición: Irán, Iraq, Egipto, Marruecos y varios países latinoamericanos. Indonesia, Pakistán, Birmania, están sólo un poco más atrás, si es que lo están. No creo que el comienzo de la etapa de aceleración demore más de una década en esos países. Al sur del Sahara hay sociedades, todavía en la etapa primitiva o tradicional, que necesitarán un proceso preliminar más prolongado.

TECNICA Y DESARROLLO

Surge ahora una cuestión: ¿Es correcto usar este concepto de las etapas de desarrollo, derivado de una generalización del pasado histórico, para analizar los problemas contemporáneos de las regiones subdesarrolladas? Mucho de lo que ocurre ahora es conocido para el historiador. Los problemas técnicos de la etapa de transición todavía están centralizados en unos tres aspectos principales: capital para la infraestructura económica-social; aumento de las exportaciones y revolución tecnológica en la agricultura. Las transformaciones psicológicas y sociales que deben ocurrir son parecidas a las del pasado: la transferencia de la renta de la tierra a la industria, el cambio de actitud de los campesinos y la preparación de nuevas clases dirigentes capaces de aplicar la técnica moderna. Y puede verse otra vez que un nacionalismo dinámico, inclinado a tomar otros rumbos que los del desarrollo económico, es en gran parte la causa de los hechos políticos.

Pero hay una diferencia técnica importante: la suma de recursos tecnológicos a disposición de estas naciones subdesarrolladas es mayor que nunca. Esta diferencia complica el problema del desarrollo al mismo tiempo que ofrece la posibilidad de acelerarlo. Complica el crecimiento porque las técnicas modernas de la medicina y la salubridad pública tienden a disminuir radicalmente el índice de mortalidad, lo que aumenta el de crecimiento de la población mucho más que en el pasado. Esto signifi-

ca que deben crearse tasas más altas de inversión para lograr un desarrollo estable; o, más precisamente, que debe llevarse adelante la revolución agrícola con mayor vigor, para que todo el proceso de desarrollo no quede malogrado por falta de alimentos.

Si el único objetivo de la Unión Soviética y de los Estados Unidos fuera ayudar a esas naciones a lograr su desarrollo constante, los países más adelantados deberían poner en práctica un programa conjunto que constaría de tres partes: primera, ofrecer amplio capital a las regiones subdesarrolladas; segunda, brindarles ayuda para incrementar la producción agrícola; tercera, adoptar medidas que estimulen a los políticos de cada nación a concentrar su labor en el desarrollo económico.

Los Estados Unidos tendrían que aceptar la idea de que su objetivo principal en esas regiones sería constituir estados independientes, modernos y progresistas, sin el compromiso de formar alianzas militares. Tendrían que reconocer el derecho de cada nación a decidir la proporción entre lo que queda a cargo de la empresa privada y en manos del estado y, en todos los casos en que se tratase seriamente de lograr el desarrollo económico, abstenerse de imponer la adopción de normas norteamericanas de organización como requisito para obtener préstamos. Tendrían que aceptar el hecho de que el proceso democrático es una cuestión de grado y de dirección, y no esperar que sociedades que atraviesan un período de transición florezcan inmediatamente en formas de organización política similares a las de los Estados Unidos y la Europa Occidental. Tendrían que ofrecer préstamos substanciales a largo plazo, y asistencia técnica con la cual los encargados del planeamiento en cada país pudieran contar, por ejemplo, por un período de cinco años. La política de los Estados Unidos de los últimos años se ha venido orientando en ese sentido.

¿Y la política soviética? Excepción hecha del caso de China y la Europa Oriental, lo que se espera de Moscú es que haga un viraje en su política. El grueso de los empréstitos soviéticos se ha localizado en contados países: Egipto, Siria, Iraq, Afganistán, Yugoslavia y la India. En cada uno de ellos, exceptuando la India, la Unión Soviética persigue objetivos claros, a corto plazo, ajenos a la promoción de un mayor índice de desarrollo. Según las informaciones disponibles, la planta siderúrgica instalada en la India y la asistencia técnica soviéticas han sido eficaces y provechosas. Pero el programa de asistencia económica tendría que ser substancialmente modificado si Rusia fuera a echar las bases de un serio esfuerzo de colaboración con los Estados Unidos para ayudar a las regiones subdesarrolladas.

LIBERTAD O COMUNISMO

Es noción general entre los comunistas de las regiones subdesarrolladas, que sólo una dictadura comunista es capaz de superar las resistencias psicológicas y sociales que se oponen a la modernización, y de promover un desarrollo económico constante. En Occidente, por el contrario, creemos que los problemas de las etapas primitiva y de aceleración pueden superarse sin el sacrificio de la libertad humana que exige el comunismo.

No quiero discutir si hay uno o muchos caminos hacia

el socialismo. Pero puedo asegurar que hay muchos caminos hacia el desarrollo económico. La coexistencia exige que se deje librado el resultado del debate ideológico a los procesos históricos de cada una de las sociedades y que se les deje resolver sus problemas poniendo a su disposición capital y asistencia técnica sin compromisos militares y políticos.

Esto no es fácil, como bien sabemos. Grandes fuerzas actúan sobre los gobiernos de la Unión Soviética y de los Estados Unidos obligándolos a considerar a las zonas subdesarrolladas no sólo por su desarrollo económico, sino también por su importancia estratégica y militar. En el caso de los Estados Unidos, por ejemplo, una gran proporción de nuestra ayuda, durante los últimos años, ha sido militar, y otorgada no porque nos guste suscribir pactos militares, sino debido a la guerra de Corea. Es un hecho histórico que las líneas de tregua demarcadas después de la Segunda Guerra Mundial fueron violadas en Corea por fuerzas armadas organizadas, y es base establecida de la política de los Estados Unidos —que espero se mantenga— tomar todas las medidas necesarias para proteger esas líneas de tregua. Es asimismo un hecho histórico evidente que dichas líneas atraviesan varias de las regiones subdesarrolladas, dándoles un carácter estratégico y complicando los problemas de la competencia ideológica pacífica y del desarrollo económico propiamente dicho. De este modo, si bien podemos adelantar algo hacia una política tendiente a mejorar las condiciones de vida en las regiones subdesarrolladas y estimular su progreso, lo mejor que podrían hacer la U.R.S.S. y los EE. UU. en favor de ellas es poner fin a la guerra fría y la carrera armamentista para asegurar una paz duradera.

Llego, por consiguiente, al tercero de mis temas: la relación entre el concepto de las etapas de desarrollo y el problema de la paz. La Unión Soviética, la Gran Bretaña, los Estados Unidos, y ahora Francia, tienen en sus manos —y pronto las tendrán otros países— armas cuyo poder destructivo supera enormemente a todo cuanto antes se conocía; pero el empleo de esas armas significa el riesgo de causar la destrucción de quienes las usen y del resto del mundo. Además, las grandes potencias actúan con gran moderación respecto de las naciones cuya capacidad militar no puede compararse con la propia. La paradoja de las armas atómicas es que conceden a las potencias menores cierto margen de negociación que no habrían tenido si la técnica de la fuerza militar no hubiera avanzado últimamente en forma tan colosal.

Tito comenzó a explotar en cierta medida esa paradoja cuando desafió con éxito a Stalin en 1948. Pero en forma diferente y en terrenos también distintos, Nehru, Nasser, Ben-Gurion, Adenauer y muchos otros han encontrado la manera de explotarla dentro del mundo no comunista. Y Mao y Gomulka, igual que Tito, lo han hecho en el bloque comunista. En resumen, sociedades todavía en la etapa de transición (como Egipto) o en la primera fase de la de aceleración (India, China y Yugoslavia), han logrado actuar en el mundo de la diplomacia como si fueran grandes potencias. El hecho fundamental acerca del futuro en esta materia es que se recorrerá más rápidamente la etapa de transición y el comienzo de la de aceleración en las regiones meridionales y en China. Acéptese el intervalo de 60 años que he calculado entre la etapa de

aceleración y la madurez tecnológica. Podría entonces afirmarse que en los años 2.000 ó 2.010 India y China, que tendrán por lo menos dos mil millones de habitantes serán, en el sentido que yo doy a ese término, potencias "maduras".

El número de las grandes potencias se ampliará hasta que éstas, por vez primera, aparezcan en todo el mundo. En esa situación, el mantenimiento de la paz hará necesario el establecimiento de un sistema de control e inspección para conservar un nivel acordado de armamentos que ofrecería a las naciones, en un mundo con un número cada vez mayor de potencias poseedoras de armas atómicas, mucho mayor seguridad que la actual carretera armamentista preventiva. Esto, a su vez, exigiría que todas las naciones abrieran sus puertas a inspectores libres de ir donde quisieran, en cualquier momento y sin previo aviso. Estoy convencido de que el gobierno de los Estados Unidos aceptaría esta drástica alteración del concepto de la soberanía si estuviera seguro de que los derechos de inspección en las naciones comunistas se otorgan de buena fe. Y tengo también la seguridad de que la Unión Soviética le conviene aceptar tal política.

La Unión Soviética y los Estados Unidos están en un período de relativa supremacía. Pero es transitorio. Podemos derrocharla en la guerra fría, y, por supuesto, en destruirnos mutuamente con la mayor parte del planeta. Pero ambos países también tienen una alternativa constructiva. Pueden utilizar ese intervalo, las próximas décadas, para crear un sistema de control de armamentos tan eficaz y seguro que cuando las nuevas naciones se acerquen a la madurez tecnológica encuentren un mundo políticamente ordenado donde no siga la lucha por la hegemonía universal con armas de destrucción en masa. Ese es el límite histórico de nuestras posibilidades. Esta expansión del poderío puede hacerse en forma relativamente tranquila o sumamente peligrosa; pero es ineludible. El cumplimiento de las etapas de desarrollo elimina la posibilidad de que haya un siglo de hegemonía de los Estados Unidos, un siglo de China, Alemania, Japón o Rusia.

El plan propuesto no solamente dejaría disponibles enormes recursos para fines pacíficos, incluso la ayuda a los demás países, sino que liberaría a las regiones subdesarrolladas de su papel de áreas de competencia estratégica. En tales condiciones sería posible llevar adelante sin gran peligro la competencia ideológica.

Cientos de millones de seres humanos vivirán en el mundo durante ese siglo, más o menos, que transcurrirá hasta que la etapa del gran consumo se inicie en todo el mundo. Y esos millones tienen derecho a vivir en una civilización caracterizada por el respeto al individuo y a su dignidad, tanto como por el equilibrio social, y no simplemente obsesionada por las estadísticas de producción.

Los objetivos que alcanzamos no pueden ser independientes de los medios de que nos valemos para lograrlos. Quizás no quede mucho de la civilización por salvar, si no encaramos los problemas que se plantean hoy con idealismo, y toda nuestra energía y conocimientos.

REFUTACION A LA TEORIA DE ROSTOW

Entre las muchas refutaciones formuladas a la controvertida teoría de las etapas de desarrollo económico de Rostow, la más vigorosa y explícita es la de David McCord Wright. Personalidad múltiple, el profesor Wright ha estudiado arquitectura, es abogado, y en la actualidad tiene a su cargo las cátedras de economía y de ciencias políticas en la Universidad McGill. Dice el profesor Wright:

"Conforme las máquinas se hacen más grandes y cada vez más extraordinarias, es fácil pensar que el hombre se empequeñece, y pierde importancia. Olvidamos que es él quien las ha fabricado. Admirando la obra más que a su creador, abrumados por la fuerza material que tenemos ante los ojos, olvidamos las potencias intelectuales que la originaron. Un resultado de este fenómeno es que comencemos a pensar hasta en el ser humano como en una máquina. Y de allí sólo hay un paso a ver la historia también como algo mecánico.

Por supuesto, nadie ha presentado a sangre fría una versión tan simple de la historia. Y, sin embargo, tanto en Marx, como en Lenin o Toynbee, y ahora en el profesor Rostow, no se puede menos que percibir un anhelo constante de simplicidad y precisión mecánica. Así Rostow habla del aprovechamiento sin pausa de las ganancias que las sociedades van obteniendo, como en el interés compuesto: "Podría entonces afirmarse que en los años 2.000 ó 2.010 —no muy lejanos— India y China, que tendrán por lo menos dos mil millones de habitantes, serán en el sentido que yo doy a ese término, potencias "maduras"... o, en conclusión, que con más de un 10% de inversión neta el desarrollo será constante. En realidad, el profesor Rostow sostiene que ha descubierto un enfoque histórico único y que ese método de análisis conduce a formular recomendaciones para la asistencia técnica y el desarrollo económico y que las recomendaciones pueden llevar a una solución de nada menos que el problema de la paz. .

Después de examinar las sugerencias del profesor Rostow, no creo que su estudio sobre las "etapas de desarrollo" tenga validez científica alguna ni sirva para hacer predicciones. Su enfoque del problema del desarrollo, puramente técnico, es inadecuado en el terreno práctico. La ayuda conjunta ruso-norteamericana a los países subdesarrollados que preconiza, no es por sí misma un factor de paz. Por mecanicista su idea no llega a captar los problemas esenciales.

El elemento principal de la teoría de la historia de Rostow, es su supuesta precisión y valor como método de pronóstico. Sin embargo, un estudio somero bastará para mostrar que no hay una sola de las relaciones establecidas por Rostow, según él, definidas, en la que se pueda confiar. Tómese el período de 60 años desde la etapa de aceleración hasta la de consolidación. Para los EE.UU., según el estudio de Rostow que examinamos, ese período es el comprendido entre 1840 y 1900. Sin embargo, en artículos anteriores el profesor menciona otras fechas mientras que —entre muchos ejemplos— admite que no está seguro de si la expansión rusa anterior a la Primera Guerra Mundial debería remontarse a 1861, a las guerras napoleónicas "o a la época de Pedro el Grande". Para todos los períodos demarcados por Rostow la selección de fechas es tan vaga, tan puramente intuitiva y subjetiva que no es posible fiarse de ellas.

Todavía más importante es la fe que tiene el profesor Rostow en la tasa de inversiones de más del 10%. Algunos países de lento crecimiento demográfico han logrado una producción per capita creciente con sólo un 5% neto de inversión. En otros casos, tasas de inversión mucho más altas no han producido las consecuencias que, según Rostow, se pueden conseguir con el 10%".